

Año LXXXI

MARZO DE 1938

Núm. 3

BOLETÍN OFICIAL
DEL
OBISPADO DE CORDOBA



SUMARIO

Carta Pastoral del Excmo. Sr. Obispo, al Clero y fieles de la Diócesis, con motivo del santo tiempo de Cuaresma.

CÓRDOBA

IMP. «EL DEFENSOR», AMBROSIO MORALES, 6

Miércoles 2 de Marzo de 1938

AÑO LXXXI



NÚM. III

Boletín Oficial Eclesiástico

DEL

OBISPADO DE CÓRDOBA

Nos el Dr. D. Adolfo Pérez Muñoz,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA Y DE LA CIVIL DE BENEFICENCIA, ETC., ETC.

Al Excmo. Sr. Deán y Cabildo

de nuestra Santa Iglesia Catedral,
al venerable Clero y Comunidades Religiosas
y a los fieles todos de esta Diócesis,

SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Inspice et fac secundum exemplar
quod tibi in monte monstratum est.
Mira y hazlo conforme al diseño que
se te ha propuesto en el monte.*

Exod. XXV, 40.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

El espíritu de la Santa Iglesia reflejado y cristalizado maravillosamente en la Sagrada Liturgia y en el

Oficio divino, va descubriendo gradualmente a nuestros ojos todo el plan de la economía que concibió y realizó Jesucristo, quien vino a *constituirse víctima y a dar su propia vida para redimir al mundo.*

Desde la Dominica de Septuagésima, hasta los hosannas y aleluyas del Sábado Santo, vemos desfilar por nuestra memoria el recuerdo de la tragedia del paraíso, de donde salió la humanidad precita, para arrastrar dificultosamente por la tierra el peso de su iniquidad y de sus miserias, y la historia triste del hombre caído llevando en su frente el sello de la maldición divina y en su corazón la esperanza del Redentor futuro, cuya figura nimbada de suaves resplandores se va siempre haciendo más diáfana y destacándose, cada vez más simpática y amable, en el oscuro fondo de los siglos que le precedieron hasta que llegó la plenitud de las edades. Trocó entances las alturas de su trono inmortal por el seno inmaculado de una Virgen sin mancha, consumando en la cima ensangrentada del Calvario la misión que trajo a este valle de lágrimas, y quedándose su divino ejemplar clavado en la montaña para servirnos de faro luminoso en la dura travesía hacia la vida futura. Pero, ¿quién puede gloriarse, V. H. y a. h., de haber contemplado bastante este sublime ejemplar que, asido a la cruz, se ofrece a nuestra mirada, ni quién podrá jactarse de haber descifrado los misterios de amor escritos en sus purísimas carnes con los azotes y los clavos, ni sondeado el profundo mar de tribulaciones

én que se anegara su agonizante Corazón? ¿Quién ha ponderado el valor de esa sangre preciosísima que nos ha justificado reconciliándonos con el Padre, ni ha medido la grandeza de ese triunfo que mereció para Cristo ser exaltado por Dios y honrado con su nombre que está sobre todo nombre y es en tan alto grado excelente y glorioso, que al pronunciarlo *se dobla toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en los abismos?* ¿Qué entendimiento creado ha podido jamás agotar los tesoros de verdad que encierra Jesús crucificado *constituido por Dios para nosotros por fuente de sabiduría y justicia, santificación y redención?*

Ampliaremos ligeramente estos puntos hablándoos de la Pasión y Crucifixión del Señor, materia tan adecuada para este santo tiempo de Cuaresma, y de paso os haremos algunas reflexiones sobre la crucifixión de España, que no otra cosa es el castigo de la guerra provocada por los pecados de comisión y de omisión de los malos españoles.

Y aunque a nuestro corazón herido por el dolor y oprimido por tantas penas, le iría mejor el dulce recogimiento de nuestro Oratorio para derramar allí, en la amable presencia de Jesús Sacramentado, nuestras plegarias de piadosa rogativa por la España Grande e Imperial, ahora tan torturada, Nos urge el deber, que de muy buena voluntad cumplimos, de ponernos en comunicación con vosotros por medio de esta desaliñada Carta Pastoral, escrita entre el agobio de las incesan-

tes e inaplazables tareas del gobierno de la Diócesis, que apenas dejan tiempo para el indispensable reposo.

*
* *

Vivimos días muy duros y en ellos ha de estar el Padre muy apretado junto a sus hijos; son días de hondas preocupaciones, aunque a la vez eminentemente gloriosos, ya que han sido consagrados con la sangre de cientos de miles de mártires derramada bajo el furor de la horda en orgía infrahumana y bestial, pero, en fin, son muchos los que lloran porque son muchos los que han perdido sus únicos y verdaderos amores; y como creemos que esta inmensa tribulación no se puede soportar, con merecimiento, sino considerándola con criterio sobrenatural, parécenos que esas almas doloridas han de sentirse grandemente confortadas con la más eficaz de las meditaciones: la Pasión del Señor. Mirad—les decimos—a Jesús inmolado por nosotros en lo alto del Monte y en El encontrareis cuanto podáis apetecer, no solo en orden a vuestra salud eterna, sino también a lo que constituye la inenarrable dicha de esta vida, que es la tranquilidad del alma.

En la contemplación de ese divino ejemplar que equivale a decir, en la meditación de nuestro Señor Jesucristo crucificado, lo hallaréis todo: las más sublimes ideas para vuestras inteligencias y los más nobles sentimientos para vuestros corazones; porque Jesucristo crucificado es la fuente irrestañable donde el enten-

dimiento humano sacia su ardiente sed de verdad; porque El es el manantial fecundísimo de la humildad verdadera, del amor recíproco y del dolor y detestación de vuestras culpas; porque El es, en fin, el foco eterno de la claridad sobrenatural con que penetraréis en el piélago de beneficios inefables que ha esparcido por el mundo.

Y efectivamente, Jesucristo crucificado es, en primer lugar, el término donde el entendimiento del hombre descansa en su incontrastable inclinación hacia la verdad. Criado para la verdad el humano entendimiento, tiende a ella por su misma naturaleza y la busca y vislumbra a veces sus divinos destellos; pero es incapaz por sí solo, moralmente hablando, de alcanzarla y poseerla con certeza; a la manera que el geómetra puede en absoluto, trazar con su propia mano la circunferencia, pues nadie le niega esa posibilidad, y sin embargo, le es moralmente imposible hacerlo sin el compás. Por eso el mundo pagano, fatigado por la duda, envejecía en las tinieblas de la ignorancia y en las sombras de la muerte, sin poder encontrar la verdad ni el camino que a ella conduce, ni la vida moral y religiosa que de ella arranca. Todos los medios estaban ya agotados y todos los caminos recorridos, sin divisar otra cosa que tenues, vagos, inciertos e intermitentes resplandores, como los pálidos rayos de la luna que penetran, de vez en cuando, en noche oscura y caliginosa, a través de enmarañada selva, bajo cuyos

árboles discurre a tientas, tropezando y cayendo, el infeliz caminante.

El viejo paganismo se moría extenuado y macilento, porque nadie le daba el pan de la inteligencia, la verdad. Y por eso, cuando nuestro adorable Salvador dijo, en presencia de Pilatos, que había venido a dar testimonio de la verdad, preguntó con desdén el insensato magistrado romano: *y ¿qué cosa es la verdad?*

Era, pues, indispensable, V. H. y a. h., que el Cielo respondiese a esta pregunta; era menester que el Cielo contestase a la constante interrogación de la triste humanidad que sentía los anhelos de la verdad, sin poderlos satisfacer, era necesario que el rocío celestial cayera sobre el alma humana y la fecundase y la hiciese vivir la vida del espíritu, porque *no solo de pan vive el hombre*. Y el Cielo respondió; el Sol de la verdad amaneció; la palabra divina resonó en el mundo *glorificando a Dios en las alturas y dando la paz a los hombres; las nubes llovieron al Justo*; y el mismo Supremo Hacedor que nos había criado para que poseyésemos la verdad y que de tantas maneras había hablado a nuestros padres, por medio de los Profetas, nos habló, al fin, por medio de su infinita palabra, que es su propio Hijo, el cual se hizo visible, tangible y accesible a los hombres; se acercó a nosotros, se hizo uno de nosotros, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro esposo y nuestra carne; unién-

dose para ello a nuestra miserable naturaleza, naciendo como el más desvalido de los mortales en el pesebre de Belén, y muriendo como el mayor facineroso en la montaña del Calvario.

Y aquí, al pie de la cruz de Cristo, es donde el entendimiento humano se detiene en su irresistible inclinación hacia la verdad, porque aquí se encuentra el manantial inagotable, en cuyas celestiales orillas descansa, saciando su ardiente sed. Aquí, cuando el sol se oscurece y la tierra tiembla y los peñascos se parten y el velo del templo se rasga, y los muertos resucitan; aquí en medio de la conmoción de toda la naturaleza que llora y canta a la vez; que llora la muerte del Justo y canta su adorable divinidad; aquí es donde el alma percibe, por encima de las acordadas voces de los elementos, y oye más claramente aquellas palabras que Jesucristo pronunció en su vida pública: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. ¿Deseas la verdad y tienes hambre y sed de ella? ¿Buscas el camino que a ella conduce? ¿Quieres vivir la vida que nace y se nutre de ella? Pues *yo soy la verdad, yo soy el camino* que a la verdad conduce; *yo soy la vida* que arranca y nace de la verdad. Si anhelas vivir la vida verdadera y sólidamente cristiana, necesario es que yo, que *soy la verdad* entre en tí y conmigo entren mi cruz, mis espinas, mis clavos y todos mis dolores y tormentos.

¿Quién, pues, V. H. y a. h., quién no se abrazará

con la Cruz de Cristo; quién no la plantará sobre su corazón; quién no la adorará profundamente, sabiendo que en ella está vilipendiada, abofeteada, escarnecida y enclavada la *verdad* que ha de salvarle?



A esta idea de la verdad que el alma recibe en la santa meditación de Nuestro Señor Jesucristo crucificado, sigue lógicamente el sentimiento de la humildad.

También desconocieron esta celestial y fundamental virtud los antiguos paganos, aun aquellos que, con vuelo de águila real, se levantaron en sus especulaciones filosóficas hasta el trono de la suprema, eterna e inmutable belleza. En cambio, el orgullo es tan antiguo como el mundo, en el cual ha reinado siempre bajo diversas formas, por múltiples y distintas maneras y con manifestaciones variadas, adoptando unas veces la fiereza del león y otras la tranquila y mansa condición de la oveja. Todos sabéis muy bien, V. H. y a. h., que los ángeles y los hombres, seres capaces de conocer y amar a Dios, apenas fueron llamados a la vida, desde el negro abismo de la nada, se rebelaron, con siniestra ingratitud, contra el Supremo Hacedor, aspirando a igualársele en gloria, majestad y saber.

El castigo de estos pecados de soberbia fué trágico y espantoso, pero no extinguió el maldito vicio en el corazón de los mortales. El infierno poblado de es-

píritus soberbios que habían sido criados para hermosura y esplendor de la celestial Jerusalén; Adán arrojado del delicioso paraíso adornado para su dicha y felicidad, los ángeles trocados en feos demonios y el hombre libre y Señor del Universo, hecho esclavo del pecado y sujeto a la dura condición del trabajo y de la muerte, no consiguieron obligar a la criatura a humillarse; y no bien lo consintieron las aguas del diluvio, se vió otra vez al orgullo erguir la cerviz contra Dios, levantando una soberbia torre para ponerse a cubierto de las venganzas divinas. Nuevo castigo confunde las altivas y locas pretensiones de la ciega humanidad, la cual no acaba nunca de conocer su impotencia, su bajeza y su nada.

Preciso fué que la infinita grandeza de Dios se dignase descender de lo alto de su gloria hasta el nivel de nuestra pobre y miserable naturaleza humana y padecer y morir clavado en un madero, para confundir con tan raro y sublime anonadamiento el orgullo del hombre que pretende igualarse al mismo Dios. Y sin embargo, ¡cosa admirable y lamentable a la vez! el maldito orgullo, aunque quebrantado por el infinito ejemplo de un Dios-hombre, no desaparece de la tierra, aún en el mundo cristiano. Por el contrario, en los que no miran de frente al divino Ejemplar del Monte del Calvario; en los que se hallan distraídos de la Cruz de Cristo y no meditan sobre su pasión y muerte sacratísimas, el orgullo inventa nuevos ardides, descubre

nuevos caminos, idea nuevas manifestaciones; y considerando que desde el momento en que Dios se humilló hasta la muerte ignominiosa, quedó marcada su frente con el estigma del horror y la reprobación, aparenta en muchos despreciarse a sí mismo, no quiere que se le llame por su propio nombre y llega hasta cubrirse con la apariencia de la humildad.

De aquí nace, V. H. y a. h., la falsa humildad, que no es otra cosa que un refinamiento del orgullo, o sea el orgullo con capa de santidad. Con este diabólico artificio, nada hay de que no se apodere, nada que no logre y conquiste. Así es como él hace servir a la más bella de las virtudes, a la sublime humildad, para el triunfo de todos los vicios; así es como recibe el premio que solo es debido a su inocente e inofensiva enemiga; así es como la ambición enmascarada se eleva hasta ocupar el rango de su opuesta virtud; así es como la avaricia usurpa el mérito de la pobreza; así es como la desenfrenada lujuria se viste con los cándidos atavíos de la pureza; así es como la satánica soberbia granjea las alabanzas de que es digna la humildad.

¿Qué remedio, V. H. y a. h., qué remedio habrá para tantos y tan graves males nacidos del vicio de la soberbia? ¡Ah! así como la mayor de las injusticias es el pasar por justo el que las comete, así la falsa humildad, que es el mayor y más repugnante de todos los orgullos, es lo más difícil de conocer y remediar. Sin embargo, de igual modo que el falso sol, que por

una ilusión óptica vemos en las nubes momentos antes de asomar el astro rey, descubre la falsedad y apariencia de sus resplandores, en el mismo instante en que asciende sobre el horizonte el verdadero y único sol de nuestro sistema planetario; así la falsa humildad, el orgullo disfrazado descubre la falsedad de su brillo, la baja ley de su liga y la vanidad de sus apariencias en presencia de la verdadera humildad, cuyos caracteres conocerá el alma cristiana mirando de cerca la Cruz en que está clavado Nuestro Divino Salvador.

*
* *

Y en efecto, el primero y fundamental carácter de la verdadera humildad, es el exacto y puntual cumplimiento de los deberes impuestos al hombre, sin añadir ni quitar un ápice de lo que le prescribe la ley de Dios, según aquello que se lee en el libro del Deuteronomio: *Lo que te tengo mandado, hazlo ante el Señor, sin añadir ni quitar cosa alguna.*

El que no es cabal en el cumplimiento de sus obligaciones podrá tener la apariencia de humildad, pero no es verdaderamente humilde. Por eso el divino Salvador exclama desde lo alto de aquel monte del Gólgota: *Todo se ha consumado*, Padre mío. Ya he dado cima al gran negocio que me encargaste; ya he llenado todo cuanto los Profetas anunciaron de mi venida al mundo y del sacrificio expiatorio que había de ofrecer por los pecados de los hombres; ya he cumplido,

sin faltar en nada, la altísima misión que he recibido de tí.

El segundo caracter de la verdadera humildad es el sacrificio, la penitencia. Prácticamente hablando es imposible la humildad sin la penitencia; porque la carne se ensoberbece, se rebela contra el espíritu y este no puede salir vencedor sino humillándola, y no puede humillarla sin los rigores saludables de la penitencia. Por eso Jesucristo se abraza con toda la pena del pecado, debida a los prevaricadores de la divina ley; por eso voluntariamente se sacrifica exhibiendo en el Calvario un vivo ejemplar de la penitencia, rasgadas sus inocentes carnes, abrevado de mortales angustias, cargado con los pecados de la humanidad.

Otro de los caracteres de la verdadera humildad es la obediencia y acatamiento de la Autoridad, aunque sea indigna, en todo aquello que no se opone evidentemente a la ley de Dios. Es tan esencial y característica esta cualidad, que bien pudiera un cristiano tener la fe de un San Pedro, la pureza de un ángel, la penitencia de un anacoreta, los milagros de un taumaturgo, que, faltándole la obediencia y el respeto al principio de autoridad, podría aplicársele aquella frase tan conocida: «puro como un ángel, soberbio como un demonio»; porque aún sometándose a todas las pruebas, pasando por todas las humillaciones, sufriendo todas las mortificaciones, y haciendo frente a todas las flaquezas, con serenidad de ánimo e insuperable entere-

za, si no se somete a la Autoridad, no posée la humildad cristiana. Por eso Jesús en su sacratísima pasión, chorreando sangre a torrentes, se dirige a su Padre diciéndole: *Si es posible pase de mí este cáliz, pero no como yo quiero, sino como quieras tú.* Padre mío, los horrores de la muerte me han cercado; he venido a ser semejante al polvo; mi alma está abismada en la amargura; nada hay que se parezca al oprobio y al envilecimiento a que me encuentro reducido; aleja, pues, si es posible, este cáliz de amargura; mas yo acepto los tormentos que has decretado que padezca; yo obedezco hasta la muerte; yo acato tus eternos designios; *no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

*
* *

He aquí, V. H. y a, h., los grandes, los sublimes, los brillantísimos testimonios de verdadera humildad que da a la faz del mundo Nuestro Señor Jesucristo en su pasión y su muerte. Miradle y ved que es el manantial más fecundo de la humildad cristiana y el motivo y el medio infinitamente poderoso para justipreciar los quilates de la verdadera humildad y para alcanzarla. El es quien nos proporciona en sí mismo el ejemplo más admirable para poder distinguir la humildad verdadera de los artificios y escamoteos del orgullo, suscitando al mismo tiempo otras sublimes mociones en el fondo de nuestra alma. Y en verdad, así como las olas del mar, íntimamente enlazadas, se suceden una

en pos de otra, así se suceden los saludables sentimientos en el corazón del cristiano al meditar sobre la Pasión y Muerte del divino Mártir del Calvario. Con este sentimiento de humildad va estrechamente enlazado el amor; el amor sobre el que, como dice el Angel de las Escuelas, «está basado para todo hombre el cumplimiento de su eterna salvación». Y ¡qué rico manantial de amor, V. H. y a. h., qué rico manantial de amor es la meditación hecha a los piés de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado! Oídlo en breves palabras: Tampoco el mundo pagano comprendió el verdadero amor, porque el amor verdadero es incomprendible para quien verdaderamente no ama. Por eso el acto más grande del más acendrado amor fué una cosa que no alcanzó, ni alcanzará jamás la razón especulativa; *es un escàndalo para el judío y una locura para el gentil*. Necesario es, pues, subir al Gólgota con fe para contemplar el amor en toda su expansión sublime, primera piedra de la Religión fundada por Cristo y, al cimentarla en el amor, no es de extrañar que haga de esto su ley fundamental. Sus palabras son bien claras y terminantes: *amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu inteligencia; este es el primero y principal mandato*. Bastaría tan solo, V. H. y a. h., el habernos dado esta ley para que nunca supiéramos agradecer debidamente a Jesús la singularísima merced de poder amar a Dios. Es cosa que suspende y maravilla este afán

con que Dios procura apoderarse de nuestro corazón para trocar, en el oro purísimo del amor divino, la vil escoria de nuestros amores humanos. ¿Cuándo acertaremos a ponderar, como se merece, esta dignación extraordinaria de nuestro adorable Salvador que pone la razón de nuestra existencia y el objeto total de nuestra vida en amar a Dios?

Y, para que la magnitud del mandato no se halle en desproporción con nuestras fuerzas, a la ley que impone la obligación de amar a Dios, acompaña siempre los medios necesarios para cumplirla. En la voluntad del hombre se injerta la gracia santificante que, siendo una participación de la naturaleza divina, hace que en el corazón del hombre brote la flor hermosa del amor tan espontáneamente, como surge en el hijo el amor a su padre. Y a medida que con mayor fervor se ama a Dios, con mayor claridad descubre El los tesoros de su bondad porque con generosidad regia recompensa ampliamente el menor acto que se haga en su obsequio y, a la primera gracia añade otras nuevas, en proporción siempre creciente, que no se interrumpe jamás, si el hombre no pone óbice a esta su misericordia inagotable.

Imposible parece, V. H. y a. h., que podamos hablar de amistad entre Dios y el hombre en otro sentido que no sea el de un puro simbolismo; imposible parece que la amistad, que presupone cierta paridad y comunidad de vida entre los amigos, pueda salvar el abis-

mo insondable que separa la despreciable pequeñez y miseria del hombre de la infinita majestad y grandeza de Dios, haciendo términos de una misma relación a Dios y a su deleznable criatura; y, no obstante, la fe nos enseña a reconocerla y ni siquiera tiene el carácter de un favor singular con que Dios se ha complacido en honrar a un privilegiado individuo de la especie humana, sino que está al alcance de todos los hombres, porque Dios ha descendido hasta nosotros para que nosotros subiéramos hasta El, estableciendo una comunidad de naturaleza que nos hace deiformes por la infusión de la gracia santificante, y así leemos que Dios mismo llama a Abraham *su amigo*, y después a los apóstoles: *Ya no os llamaré siervos, sino amigos míos*. Y en otra parte: *Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando*. Y extendido esto a todos los hombres, ¿cómo ocultaros, V. H. y a. h., la tristeza y desaliento que experimentamos al tender una mirada vigilante sobre una parte de esta Grey, que nos ha sido encomendada, en la que parece que ha derramado el Señor aquel *espíritu de letargo* de que hablaba el gran Vidente de Israel? ¿Cómo no habremos de sentir el alma inundada de amargura al pensar en tantos hijos amadísimos que desprecian la más sublime y honrosa amistad, que es la de Dios, viviendo alejados de El, al menos prácticamente?

*
* *

A la ley del amor de Dios sigue, bien de cerca,

la de amar al prójimo. Los hombres ya no saben amar —ha dicho el Papa—lucha de clases, persecuciones, guerras... Si todos somos hijos de Dios y todos le invocamos como Padre, fuerza es que todos nos amemos como hermanos. Nunca se le presentó a la humanidad, con tan clara evidencia, esta verdad fundamental, esta ley en un todo semejante a la primera. No son —sabido es—el amor de Dios y del prójimo dos amores opuestos, ni siquiera distintos, sino el mismo amor de caridad, «dilátase el campo de caridad» que decía San Agustín; y en verdad que es bien dilatado el campo que Cristo señala a nuestro amor quien, sin dejar de tener a Dios por objeto primario y fundamentalísimo, se extiende a todos los hombres. Porque Dios no se recluye impassible y altivo en el alcázar de su omnipotencia; Dios está en los hombres y esto no tan solo a la manera que el genio y el poder de un artista está en la obra, sino también de ese otro modo mucho más estrecho que la gracia establece, por virtud del cual los hombres son verdaderos *hijos de Dios*, puesto que participan de su misma naturaleza. El certero instinto de la caridad descubre estas estrechas relaciones y ama a los hombres en cuanto son la obra maestra de las manos de Dios, más aún, en cuanto son, con toda propiedad, hijos suyos que, aunque lejos hoy de la casa paterna, han de recibir algún día la divina herencia de las riquezas celestiales. De donde se infiere que el hombre no puede volver los ojos a nin-

guna parte sin ver en todas ellas los profundísimos cauces por donde corren los ríos misteriosos del amor. Verá este amor dentro y fuera de sí mismo; le verá en las ideas de su mente, en los encendidos afectos de su voluntad, en los delicados sentimientos de su corazón, en las hermosas obras de sus manos, en todo el admirable conjunto de su ser. Le verá, fuera de sí, en los astros que cantan las glorias del Señor y la majestad y esplendores de su perpetua caridad; le verá en la fuerza que los impele, en la ley que los rige y en el equilibrio que los mantiene en constante paz y armonía; le verá, lo mismo en el gracioso revolotear de la mariposa—que parece una flor—, que en el sublime vuelo del águila que se remonta sobre las nubes para beber, más de cerca, la luz y el calor del sol. En todo, V. H. y a. h., en todo verá el hombre el divino amor y conocerá las arcanas sendas por él recorridas; pero hasta que no suba al Calvario y mire de hito en hito aquel «Santo Ejemplar» no descubrirá completamente el río escondido del amor eterno.

Sólo, ante Jesucristo Crucificado, se disiparán totalmente las nieblas y comprenderá que el amor es más poderoso que la muerte. Solo allí, humillado junto a la Cruz, contemplando a su Dios que le ama de tan sublime manera, coronado de espinas, clavado de pies y manos, abandonado de todos, conocerá más claramente que Dios es amor y que el amor infinito tiene un camino inaccesible a la inteligencia finita y que este

amor le exige amorosa correspondencia. *Me ha amado y se ha entregado por mí.* Así habla el Apóstol San Pablo y así es natural que hable con Cristo crucificado el alma rescatada. Desde tal instante, no son ya simplemente la verdad, la humildad y la compasión, sino la gratitud más profunda, el amor más vivo, el que debe atraer continuamente el corazón del hombre al pie de la Cruz, el que debe acercarle a la Cruz y atarle con dulcísimos lazos a la Cruz. Sí, es muy natural esta reciprocidad, esta mutua correspondencia del amor. El corazón humano no puede menos de darse todo entero a quien le ama con un amor vehemente, generoso, desinteresado, que no retrocede ante ningún sacrificio. He aquí la razón por qué el amor eterno de Dios emprende el camino doloroso y sangriento del suplicio para manifestarse al hombre y atraerle hacia sí con un amor que ama hasta más allá de la muerte. He aquí por qué el amor infinito de Dios se humilla con la humillación más profunda y aparece a la vista del hombre en estado tan lastimoso, y abierto el costado santísimo, como si quisiera indicar que el camino está libre para que el cristiano entre hasta lo íntimo de su Sacratísimo Corazón, y caldeado en aquella divina fragua, salga de allí y, humillado otra vez en su presencia al pie del madero, y rasgado su pecho y elevando sus ojos hacia Jesús, le diga con toda su alma: bajad, Señor, bajad de ahí, bajad de vuestra Cruz, que este camino también está libre; entrad en mi pobre

corazón con vuestras espinas, con vuestros clavos, con vuestros oprobios, con vuestra sangre, con vuestra pasión y muerte para que yo viva la vida perfecta, la vida verdaderamente cristiana.

*
* *

El pecado enclavó al Señor en la Cruz y el pecado continúa siempre de admirable modo, crucificando al Redentor. Y si es cierto, como lo es, que el Salvador sufrió por los pecados de todos, no lo es menos que los pecados de todos lo crucificaron y, por consiguiente, que todo pecado es una nueva crucifixión, como dice el Apóstol. Por más que la perpetuación del pecado estuvo millares de años separada de la cruz, no por eso dejó de preparar el pecado la Cruz del Hijo de Dios. Y así como la Cruz, cuya infinita importancia abarca el cielo y la tierra, domina el tiempo y el espacio, así también el pecado, que es una verdadera ofensa de Dios, no está encerrado en los límites del espacio y del tiempo, sino que va infinitamente más allá y alcanza el Corazón del Hijo de Dios y le atormenta y le hiere sin piedad.

De aquí, V. H. y a. h., aquellas desgarradoras palabras que, desde lo alto del patíbulo dirige Jesús a todos y a cada uno de nosotros: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho?, respóndeme*. Esta pregunta, que pertenece a la liturgia del Viernes Santo, la pone la Iglesia en boca de Nuestro Señor Jesucristo. Ella encierra

una verdad profunda y una sorprendente realidad; es algo más que una aplicación moral y una expresión relativa a la historia del pueblo de Israel; es, podemos decir ahora muy apropiadamente, la historia de España, de este jardín de Dios, devastado como un espantoso desierto, en que las pasiones, cual bestias feroces desencadenadas, han dado rienda suelta a su furor y a su rabia; ella que hace años venía marchando por un camino señalado con girones de tinieblas; ella... ¿qué va a responder a su Dios clavado en una Cruz?, ¿qué respuesta puede dar a esta terrible pregunta, si para nadie es un misterio la ruda campaña que contra Cristo se ha venido haciendo de una manera sistemática en las costumbres, en las artes y en las ciencias, hasta expulsarle del suelo español, como lo fuera en otro tiempo de la sinagoga nazarena al dar comienzo su misión divina entre los hombres?

Aunque sea doloroso reconocerlo, es preciso confesar que España ha vivido una época—la última sobre todo—en que, no obstante los redoblados y titánicos esfuerzos de una selecta minoría, llegó a renegar, casi por completo, del cristianismo. Por causas, cuya exposición nos llevaría muy lejos, es lo cierto que una enorme muchedumbre de hombres vivían como si Jesucristo no hubiera venido a la tierra para redimirlos con su muerte y capacitarlos para la vida eterna. Prácticamente lo hemos visto—prescindían de la Religión, y en sus criterios, como en sus negocios, en

la orientación de su vida íntima, en el desenvolvimiento de sus actividades sociales jamás acudieron a la religión cristiana en busca de luz divina que, como la lámpara del santuario, arde sin extinguirse en medio de tinieblas que no quieren comprenderla.

Y como el hombre no puede vivir sin una norma orientadora, la dirección que, de derecho, competía a nuestro adorable Redentor, la ejercían, de hecho, apetitos groseros y tendencias innobles, a cuyo influjo se debe, como no podía menos de acontecer, la regresión manifiesta al paganismo en acción, que hemos venido observando y cuyos funestos resultados palpamos y padecemos en estas horas dolorosas, por haber cerrado los oídos a las voces de alerta, dadas tantas veces, estérilmente, por la suprema autoridad de la Iglesia.

Puede decirse que apenas llegó a quedar en España sector alguno de la actividad humana, del que no estuviese ausente el espíritu cristiano: individuos y familias, y hasta pueblos, en su casi totalidad, procedían, en sus distintas actuaciones, como si Dios no existiera, o no hubiese manifestado a los hombres su amorosa y decidida voluntad de acompañarlos en la penosa peregrinación sobre la tierra, para ayudarles a la conquista del cielo. Criterios puramente humanos y, por lo tanto falaces y movedizos, se erigían en supremos árbitros de gravísimas cuestiones, pretendiendo resolverlas a espaldas de las enseñanzas que la divina revelación contiene para luz y gobierno de los hombres; el inte-

rés y el provecho personal llegaron a ser las únicas normas de moralidad; perdidas ya aquellas antiguas costumbres en que muchos siglos de cristianismo habían plasmado las consecuencias y aplicaciones de la sana moral, se vivía en un ambiente de frivolidad y disipación, en el que todo vicio encontraba disculpa y todo exceso su atenuante, llegando a jerarquizarse todos los valores humanos, como si el hombre hubiera de consumir en la tierra su existencia definitiva, no teniendo para nada en cuenta el «más allá», ni las amplias perspectivas ofrecidas por la vida sobrenatural a las miradas humanas y borrando, con tenaz empeño, el santo nombre de Dios, de las instituciones y de las conciencias, de las leyes y de las costumbres, cimentadas antes en la roca incommovible de la fe cristiana. Legión formaban los que, sin el menor miramiento, quebrantaban las leyes de Dios y de su santa Iglesia, mofándose descaradamente de sus ministros, ultrajando su nombre, haciendo gala de impiedad y entronizando el vicio en sus más repugnantes formas, como absoluto soberano al que rendían pleitesía y vasallaje.

Todo cuanto venimos exponiendo y mucho más que callamos, para no alargarnos demasiado, está en la conciencia de todos; pero lo que pudiéramos llamar nota predominante era la apatía general, imperdonable sobre todo, en las clases directoras, dando lugar a que fueran decreciendo notablemente los sentimientos religiosos que constituían antes la característica de nues-

tra Patria; penetraron en ella las frías corrientes de indiferentismo que iban helando el corazón de la raza y apagando las llamas de antigua fe, reduciéndose cada día más en el pueblo la práctica de la vida cristiana.

Concretándonos a nuestra amada diócesis, ¡cuántas veces nos hemos lamentado de esta atonía religiosa, mal endémico que hemos tratado de combatir por todos los medios que han estado a nuestro alcance, predicando, dos y tres veces al día, en la mayor parte de los pueblos, durante el periodo de nuestra Santa Pastoral Visita, y por escrito desde aquí en las Cartas Pastorales, *insistiendo, con ocasión y sin ella, reprendiendo, rogando y exhortando*, como corresponde a nuestro ministerio, sin haber logrado, hasta el presente, la reacción religiosa tan amplia y tan intensa como deseáramos! ¡Cuánto no hemos deplorado también, de palabra y por escrito, el poco interés que se manifiesta en instruirse en las verdades de nuestra santa fe, ignorancia religiosa que se traduce después en un descuido casi total de cuanto afecta a la vida del espíritu! ¡Cuántas veces hemos advertido, con el ánimo profundamente atribulado, la costumbre—que aún perdura, aunque no en la escandalosa proporción que antes—de no asistir los domingos y días de precepto a la Santa Misa, que no se tiene el menor escrúpulo de profanar el día festivo, dedicándolo a obras serviles, sin que la necesidad apremie, y que todavía siguen manchándose los labios con el hábito nefando

de la blasfemia inmunda, provocando, insensatamente y sin temor, las iras del Cielo; que no se ha corregido la perversión de costumbres y que es grande el número de los que no se acercan a recibir los Santos Sacramentos, y no pequeño el de los que pasan los umbrales de la eternidad, sin haber confortado el espíritu con los auxilios de la Religión, compareciendo ante el supremo tribunal del Juez inexorable, sin haberse purificado en las aguas saludables de la Penitencia!

*
* *

Así se vivía en España, donde tan poca fe quedaba, y estalló la guerra, el duro azote de que Dios se vale para dejar sentir el peso de su mano a los pueblos que le vuelven las espaldas. Cuando estos, engreídos, por un fementido progreso material, ponen en él su corazón, convirtiendo en fin lo que es un medio para conseguirlo; cuando los pueblos, olvidando que es el hombre un compuesto de espíritu y materia en el que ésta debe estar sometida y ordenada a aquel, como elemento más elevado y noble que tiene destinos supraterrénos e inmortales, desprecian éstos para entregarse a un torpe materialismo que debilita y extingue la vida espiritual, despertando y favoreciendo, en cambio, los instintos de la bestia; cuando frente al altar de Dios se levantan sacrílegas aras donde todo se sacrifica a las mayores procacidades y funestas licencias del más subido escándalo; cuando pretenden abrogar el

derecho divino anulando los preceptos de la santa ley de Dios para proclamar los «inalienables e indiscutibles» derechos del hombre rescatados por la mano ensangrentada de la revolución; cuando olvidan, ingratos, que de la Iglesia recibieron el primer impulso, que ella les había sacado de la barbarie conduciéndoles al estado de floreciente civilización, y la humillan y persiguen negándole de hecho la primacía que como sociedad espiritual y divina le corresponde o atropellándola en el uso de sus derechos inviolables; cuando rechazan la doctrina salvadora del Evangelio sustituyéndolo por los modernos sistemas anárquicos, último y supremo esfuerzo de la razón divorciada de la fe para resolver los pavorosos problemas de nuestros días, *abandona Dios a los hombres a sus propios deseos* y a la crueldad de sus instintos y crecen entonces las ambiciones, nublase la inteligencia, rugen furiosas las pasiones y rotos en un instante los diques del furor, destruyen, con el filo de la espada, la paz de los pueblos, la paz de los hogares y la paz de las conciencias.

Aquí teneis, V. H. y a. h., la explicación completa de la guerra cruentísima que se está desarrollando en el solar de España; detrás de los acontecimientos humanos se esconde la mano invisible del Altísimo que desde el sublime trono de su gloria, respetando la libertad de que ha dotado a nuestra naturaleza, dirige la marcha de las cosas según los eternos decretos de

su adorable voluntad. El horrisono bramador de los cañones pregona, hace más de diez y ocho meses, por los ámbitos del mundo, que si Dios tolera los pecados de los pueblos porque *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*, tales pueden ser aquellos y tan dura en estos la obstinación, que cansado de esperar, diga en expresión de Jeremías: *Tu me abandonaste y me volviste las espaldas y yo extenderé mi mano contra tí. Se ha encendido el fuego de mi indignación que os abrasará en sus llamas.*

*
*
*

Para el cristiano nada acontece que no entre en el plan de la adorable Providencia; nada se mueve que no esté subordinado a los altísimos designios de la Inteligencia y Voluntad divinas, y tanto las transformaciones lentas y apenas perceptibles, como los tremendos cataclismos que señalan las épocas del mundo físico; lo mismo el sereno deslizarse de los hechos vulgares que los ruidosos acontecimientos que marcan las edades de la Historia; las manifestaciones sensibles de nuestra propia vida; como los fenómenos que se realizan inconscientemente en nuestro propio ser, todo ha sido previsto desde la eternidad y acordado en los impenetrables secretos del Omnipotente que desarrolla en el tiempo el vasto programa de sus obras «ad extra», *disponiéndolo todo con número, peso y medida*. Ello quiere decir que nada ocurre al acaso; nada viene a perturbar la marcha de las cosas ciegamente,

sino dirigido por una inteligencia soberana y un poder sin límites, y aquellas mismas leyes que garantizan el orden en la naturaleza y a las cuales acude con tanta frecuencia la ciencia descreída para dar la razón suprema de las cosas, no son más que la invariable constancia con que se someten estas a los planes de la divina inteligencia. La muerte misma, consecuencia natural de la corruptibilidad del cuerpo, no cortará el hilo de nuestra vida, sino cuando estén cumplidos los días que el Señor en su misericordia se ha dignado concedernos. Doctrina altamente consoladora que compendia en bella frase el Salvador cuando, exhortando a sus discípulos a confiar en la divina Providencia, les dice: *No tenéis que temer porque hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados.*

Por eso, si a las causas naturales hemos de achacar el origen inmediato de la sequía que asuela los campos, del huracán que arrebató las mieses, del terremoto que destruye las ciudades, de la peste que diezma los hombres y de la guerra que trastorna los pueblos, la fe nos descubre en todas y cada una de estas calamidades, o la mano de Dios que nos azota con el rigor de un juez que venga nuestras culpas, o con la dulzura de un padre que usa del castigo para nuestra enmienda.

Y es esto, V. H. y a. h., lo que queremos recordaros, una vez más, a propósito de la guerra que nos viene afligiendo, que se caiga la venda de nuestros

ojos y veamos con la claridad meridiana que los cañones están proclamando, que sigue desenvainada la espada de la cólera divina y es menester que los pueblos entren dentro de sí volviendo el corazón al altar.

Y así como el odio al pecado es fruto espontáneo de meditar la Pasión de Jesucristo, la reflexiva consideración de la Pasión de España ha de servirnos para detestar todo cuanto la motivó y esperar confiadamente en la protección del cielo.

Entonces ve el alma a Dios y le adora con David en su adorable providencia *que abarca fuertemente las cosas de un extremo a otro, disponiéndolo todo suavemente*; le ve y adora con Moisés en su invencible fortaleza que hace rodar deshechos a sus pies a los enemigos de su nombre; le ve y le adora en el pueblo de Israel en su misericordia recordando los inmensos beneficios que con mano liberal ha de rama lo sobre ella; le ve y le adora oculto detrás de los acontecimientos humanos dirigiéndolos conforme al divino plan marcado por su sabiduría, permitiendo muchas veces el triunfo de los malos, *porque es poderoso para convertir el mal en bien y servirse de las contrariedades mismas para llegar a sus fines*.

Desde entonces, sostenida el alma por el fuerte brazo del Altísimo, reconoce que, estando amparada por Dios, no habrá poder alguno que prevalezca contra ella y, consciente de su firmeza, acomete las más sublimes empresas porque El la protege.

El secreto de la tranquilidad imperturbable del alma, en medio de las vicisitudes del tiempo, está en aquel texto de San Pablo: *La promesa del Señor en orden a su protección es para nosotros un áncora segura y firmísima.*

Oid, V. H. y a. h., el hermoso comentario que Estío hace a estas palabras del Apóstol. «Compara—dice—la confianza cristiana con el áncora de los marineros... porque, así como el áncora arrojada al fondo del mar detiene a la nave y la contiene para que a impulsos de la tempestad no sea llevada peligrosamente de una parte a otra, así la confianza que tiende hacia Dios y los bienes invisibles que El nos ha prometido—es garantía la indefectibilidad de la palabra divina—contiene y confirma nuestras almas para que, combatidas por las tempestades de la tentación, no sucumban y perezcan. Pero se observa una gran diferencia entre ambas, por donde se pone más de manifiesto la excelencia de nuestra virtud; no solo se distingue porque el áncora es arrojada hacia abajo, hacia la tierra, mientras la esperanza se remonta hacia arriba, hacia el cielo, sino principalmente porque la nave retenida por el áncora, no puede llegar al puerto, mientras esta virtud de tal modo confirma y fija nuestras almas, que ella misma las conduce por un sendero recto y continuo al puerto celestial que es la mansión de la perpétua paz».

*
* *

La paz hemos dicho, palabra que suena siempre en nuestros oídos como dulce armonía de los cielos, y el corazón apenado al ver correr tanta sangre, la acoge con saltos de júbilo, y la imaginación se exalta contemplando su blanca silueta y sus brazos extendidos para estrechar fraternalmente a los combatientes. No es infrecuente la presencia de incidentes que parecen alejarla, y es entonces, cabalmente, cuando levantando nuestro corazón hasta el que es dueño del porvenir de los pueblos y de los destinos de la humanidad entera, hemos de abandonarnos totalmente y con santa confianza, en su providencia salvadora que tiene anotados los momentos y predestinada desde toda la eternidad la hora que ha de poner término a esta espantosa guerra.

Asistimos a una horrible catástrofe y llenos de fe y persuadidos del poder casi omnipotente de la confianza, a la cual vincula el Señor muchas veces las dádivas más ricas de su misericordia, debemos insistir y ejercitarnos asiduamente en ella para anticipar el momento anhelado de ver brillar el sol de la paz.

Porque de los bienes que en la tierra pueden contribuir a la felicidad del hombre, ¿qué otro más necesario que la paz, para atender debidamente a la propia perfección y santidad?, ¿cuál más eficaz para determinar el crecimiento de las virtudes sociales y facilitar el desarrollo de la prosperidad de las naciones que aquel celestial donativo traído a la tierra la bendita noche en

que exhalaba sus primeros dulcísimos vagidos el Redentor del mundo, y proclamado por angélicos heraldos en las cercanías de Belén?, ¿qué don más inestimable y precioso que la paz, condición necesaria para que el espíritu se recree en los demás bienes que, como destellos de los imperecederos, ha dejado el Señor mezclados con las amarguras de este valle de dolores, y consuelo inefable que nos alienta y fortifica en los golpes de la adversa suerte dirigidos por la mano invisible de la Providencia para templar nuestros espíritus y poner a prueba la virtud?, ¿qué hora más codiciable en esta vida de continua lucha e incesante batalla, que aquella en que, gracias a la paz, duermen las pasiones en el fondo de nuestro ser y los apetitos, difícilmente domeñados, dejan de resistir al imperio de la razón y de la ley? ¡Con qué facilidad puede remontarse entonces el espíritu a las claras y sosegadas regiones del bien y de la verdad! ¡Cómo sentimos entonces la dulce y fuerte atracción que ejerce Dios en nuestra parte espiritual y cómo se desliga el alma de todo lo creado, y despreciando lo caduco y deleznable tiende sus alas en aspiración sublime a las eternas moradas de la gloria que son su verdadera patria!

La paz nos pone en íntima comunicación con nuestros prójimos, facilitando la circulación de la divina savia de la caridad, y ella es el secreto de la felicidad de las familias, como dulce efecto del amor y la prudente condescendencia que tolera los pequeños defectos anejos siempre a nuestra naturaleza miserable.

Ved como describe un célebre y eruditísimo apolo-
gista moderno, Weis, el proceso de la paz y el des-
arrollo de los acontecimientos comparándolo a un día
de batalla. «En la cima del monte—dice—está el Ge-
neralísimo, mientras en el valle se traba con furia la
pelea. Nieblas grises que no se sabría decir si son nu-
bes o polvo, envuelven los ejércitos y el campo; el
cielo se conmueve, el viento silba, la tierra se estre-
mece en el fragor de la artillería, el eco repercute ho-
rriblemente en las alturas temblorosas. Parecen des-
encadenadas todas las furias del averno; sólo por los
fogonazos de los cañones, el sonar más próximo o le-
jano de los estampidos, la crepitación de la fusilería y
el color de los sombríos vapores que se elevan, puede
la vista reconocer las peripecias de la lucha. Los cora-
zones palpitan con angustia; todos oyen las palabras
del Jefe y observan silenciosos, con ojos escrutadores,
las alteraciones de su fisonomía, pues en su mano está
el honor y la independencia de la Patria; de su mira-
da, de una señal suya pende la vida de miles de hom-
bres y la suerte de millones de personas. Y él solo, en
la terrible pelea, se muestra impassible y como sin vi-
da; depende todo de que no pierda un instante la san-
gre fría y la circunspección; mientras los suyos vean
en él calma imperturbable, parecerían un ultraje toda
vacilación y toda pregunta. Él calla y dirige, ellos eje-
cutan con exactitud y confianza sus concisas órdenes.
Y, al caer de la tarde, quedan a salvo el honor, la li-

bertad y la vida, porque se alcanzó la victoria y se hizo la paz. Toda historia de la humanidad es como una batalla para Aquel ante el cual *mil años son como un día*. Ni un solo hombre deja de tomar parte en la lucha; todos combatimos por la libertad, la patria y la eternidad. En esta batalla se pelea por la ley de Dios y el orden moral del mundo; el honor del Eterno, el triunfo del bien, la verdadera y perpétua felicidad del hombre; tal es nuestro grito de guerra, silencioso, con calma imperturbable, invisible a sus soldados, pero entre ellos dirige Dios mismo, el Generalísimo, el Señor de la guerra, el curso de la lucha por la eternidad. Todo combatiente leal miraría como incalificable ultraje dudar de tal Jefe; cada uno de sus fieles ejecutará prontamente toda orden suya, aunque hubiera de hacer el sacrificio de la sangre y de la vida. Que el triunfo de su causa y la nuestra es seguro, lo esperamos, lo creemos, lo sabemos con toda certidumbre.»

Así lo hemos de contemplar, V. H. y a. h., en los presentes instantes, escondido detrás de los acontecimientos de la lucha gigantesca y ordenándola para nuestro bien, y se han de dilatar los senos de nuestra confianza hasta decirle con el Salmista: *Aunque se levanten multitud de campamentos, no se perturbará mi corazón y no dejará de esperar en El*. Y no quedará defraudada esta nuestra esperanza, si decididamente emprendemos el cambio radical de vida.

*
* *

La madre Patria sufre y con ella sufrimos sus hijos, y todos anhelamos verla surgir y levantarse llena de gloria. Pero no podrá conseguirse sin acudir a Dios, si con nuestras plegarias no se neutralizan las abominaciones de muchos. Menester es que lo que unos edifican no lo destruyan otros; que si unos oran, no haya quienes, con su conducta, destruyan los frutos de la oración de aquellos.

Nuestras armas han conseguido gloriosos triunfos, mas no olvidemos que son debidos al Ejército, con la ayuda del *Dios de los Ejércitos*. El conservó y conserva la vida de nuestro Caudillo; infundió e infunde alientos a nuestros soldados; hace que el enemigo se rinda ante la intrepidez y el arrojo de nuestros combatientes y que el heroísmo les acompañe a la lucha. Pero nos exige que correspondamos con la gratitud, observancia de los mandamientos, recepción de los Sacramentos y ejemplaridad de vida austera y mortificada.

Es necesario, V. H. y a. h., dar a la guerra que padecemos su verdadero valor y escuchar en ella la voz de Dios que no habla de ordinario con *estruendo de palabras que estremecen*, como en la cumbre del Sinaí, sino en el mudo lenguaje de los hechos, cual solía arguir de sus infidelidades al pueblo predilecto, al que ya había dicho en el Deuteronomio: *Si oyeras la voz de tu Dios y Señor, practicando y guardando todos sus mandamientos... el Señor te ensalza.*

rá sobre todas las naciones de la tierra y vendrán sobre tí todas las bendiciones... Pero si no quisieras escuchar la voz del Señor tu Dios, observando y practicando todos sus preceptos, caerán sobre tí las maldiciones... y quedarás despavorido por el terror de las cosas que verán tus ojos.

Entremos en el interior de la conciencia y formulemos el más sincero arrepentimiento, reconociendo que nuestras propias infidelidades han dado lugar a la calamidad que nos aflige.

La labor que realiza el alma iluminada por la fe y bajo la fecunda acción de la gracia, está expresada por el arrepentimiento, palabra que en labios de Jesucristo tenía una significación mucho más profunda que la que actualmente se le concede, porque significaba, no tan solo la detestación del pecado y el propósito de enmendarse, sino algo interior y causa de todo esto: la transformación total del hombre que abandona sus antiguos criterios y cohibe las tendencias más sanas de su naturaleza para que, libre de rivales, reine en absoluto el nuevo principio de vida divina, misericordiosamente infundida por Dios.

Así como en el interior de su capullo la crisálida va siguiendo su metamorfosis hasta que llega un momento en que, convertido el gusano en mariposa, rompe la cárcel que le aprisionaba y expande jubilosamente sus alas a la tibia caricia del sol, del mismo modo la gracia lleva a cabo en el alma una honda meta-

morfosis, merced a la cual el *hombre antiguo*. de que habla el Apóstol, se convierte en la *nueva criatura* que, libre ya del pesado lastre de los antiguos vicios, se remonta, en majestuoso vuelo, a las alturas misteriosas en que habita Dios Nuestro Señor.

Por eso hay que vigilar para que la reacción que se dice existir, no obedezca a consideraciones de cálculo y aspecto puramente humanos, y se limite únicamente a modificar la parte exterior, sino que es menester sea impulsada por móviles de carácter sobrenatural y divino que produzcan sincera renovación espiritual, conforme a las máximas del Evangelio, y vaya acompañada de la mayor sumisión y entregamiento a las ordenaciones de Dios por duras y penosas que sean a la flaca naturaleza. Téngase esto muy presente ahora que son incontables las almas que voluntariamente se imponen multitud de mortificaciones, las cuales, aún siendo meritorias, lo son infinitamente menos que las enviadas por Dios en su adorable y amorosa providencia. Recordad cuánto alaban las Sagradas Escrituras la paciencia de Job, varón justo, de la más eminente santidad, siendo tan ponderado, precisamente por la plena sumisión a las grandes calamidades con que Dios quiso probar su virtud. Y así fué feliz, viviendo en la abundancia, pero lo fué más cuando en las estrecheces se mostró justo; feliz cuando rodeaban la mesa sus diez hijos y más feliz cuando, habiéndolos perdido, se mantuvo constante en el amor a Dios; feliz fué en la salud,

pero lo era más soportando con inalterable sumisión y paciencia sus mal olientas y dolorosas llagas; mas feliz en el estercolero, que en el palacio revestido de mármoles preciosos. Y es que Dios jamás abandona al justo y, si le somete a duras pruebas, es para purificarle más y más, como se somete el oro a la acción del fuego para darle mayor brillantez. ¡Cuántos que en esta guerra han perdido seres amados y, viéndose, además, empobrecidos y obligados a soportar las necesidades de la vida dentro de las mayores estrecheces, se están santificando y ganando la eterna bienaventuranza del cielo, a fuerza de repetir, con espíritu cristiano, la exclamación del santo paciente de Idu-mea: *Dios me lo dió, Dios me lo quitó, sea su santo nombre bendito.*

Así como a la escasa luz del crepúsculo se agigantan los objetos que tenemos más cerca, mientras desaparecen casi por completo los más distantes, del mismo modo en el bullicio y torbellino de la vida presente se agrandan los bienes caducos de la tierra que tenemos a nuestro alrededor y que vemos y palpamos con los sentidos, y se olvidan los bienes eternos del cielo que están más lejanos y solo pueden percibirse por las facultades intelectuales. Las grandes calamidades con que Dios aflige a los pueblos son una brillante luz que da a conocer la inanidad de las vanidades y bienes de la tierra. Esos castigos hacen los oficios de una voz potente que llega de lo alto para confundir las voces

engañosas de los placeres y deleites sensuales, y no debemos menospreciar el poderoso auxilio que estas voces nos prestan para no ser engañados, ni cerrar los ojos a la luz que el Señor nos envía para ver que las guerras—aún las más justas y legítimas, como la nuestra—son siempre un castigo colectivo a los pueblos.

Porque reflexionando de esta manera, encontramos la razón suprema de esta guerra cruentísima, os exhortamos una vez más, V. H. y a. h., a la rectificación de vuestra vida en el sentido de una sincera y definitiva aproximación a Dios, acatando sus mandamientos y haciendo renacer en vosotros la vida divina de la gracia, o sea un sólido y sincero resurgimiento religioso. Estamos viendo que la cólera de Dios se abre paso con el filo de la espada, y que los cañones están lavando con sangre la tierra profanada por una generación soberbia que tenía a mengua reconocer su dominio supremo y hasta llegó a ver mal que sobre las sepulturas de nuestros llorados muertos extendiesen su sombra bienhechora los brazos de la cruz. Ante persecución tan insensata, Cristo parecía alejarse, pero sobre sus huellas avanzó la divina justicia sembrando por los campos las cruces que arrojaron las ciudades, para que junto a ellas corra el llanto expiatorio de dos generaciones.

¡Ay de los pueblos que ponen su empeño en perseguir a Cristo! Tarde o temprano, la tribulación les hará reconocer que El es eterno e invencible, como

reconocía el pueblo predilecto, en las cadenas de la servidumbre, que era Jehová el único Dios a quien debía Israel rendir el tributo de sus adoraciones.

Hondo pesar siente nuestro pecho de Obispo y de español ante la herida abierta en la carne santa y noble de esta querida Patria, a la que el iluminado Caudillo está levantando al alto sitio que la Historia de los siglos le tenía asignado, porque nadie insultó jamás a la madre España, sin que sus hijos le hicieran morder el polvo del vencimiento generoso. Es preciso reconcentrarnos en la presencia de Dios, Señor de las victorias, y en el silencio de nuestro corazón levantar la mirada hacia ese Dios tres veces santo,—que en lo alto del «Monte» venció a la muerte y nos dió la vida—suplicándole fervientemente que nos conceda suma confianza en el triunfo, entregándonos de lleno, por nuestra parte, al recogimiento y oración, que son las dos bases firmes sobre que se asienta el valor callado que cierra la boca para estar en armonía con el puño que sostiene la espada. Recogimiento hemos dicho, el cual es totalmente incompatible con el bullicio de los espectáculos, aun los lícitos, que tan mal se avienen con las penas que está devorando la atribulada España en esta guerra de exterminio; y si es cierto que cuanto más honda es la pena, más calla la lengua, sabido es, también, que el campo resulta tanto más productivo, cuanto mayor sea el trabajo que le da el hierro silencioso de la reja del arado. Buscar cierta clase de es-

parcimientos, en estas horas de dolor, es un crimen de lesa moral y de lesa españolismo, porque si es necesario entregar los hijos y la hacienda a la santa Madre Patria, hácese preciso ofrendar antes nuestros corazones a Dios, Padre de todos, estando bien seguros de que, *si el Señor nos envía la tribulación, como un aviso paternal por haber olvidado sus mandamientos*, al volver nuestros ojos llorosos hacia la Majestad ofendida, encontraremos su brazo poderoso que misericordiosamente nos saque de las sombras y tristezas con que probó nuestra confianza.

Y luego hay que ir con mano dura a reprimir el efecto desastroso que produce ese sector de la retaguardia, contra el que existe una formidable y muy justificada maledicencia, provocada por el impudor con que muy lejos de alistarse en las filas de los que se dan a la penitencia de martirio y de sangre, hacen alarde de vivir distraído de la gran tragedia de España, y hay que evitar a todo trance cuanto represente denegación del sentimiento patrio y lo que contradiga el carácter austero de este pueblo español que se crece y se agiganta en las tribulaciones porque se apoya siempre en Dios. Por eso hay que proclamar la inexorable solidaridad entre los frentes y los que de ellos viven alejados, ya que por los mismos títulos estamos obligados a sentir y vivir la guerra en su doble aspecto patriótico y religioso. No en balde se ha escrito esta frase: «El secreto de la victoria, en esta terrible lu-

cha, consiste en llevar a la retaguardia el espíritu de los frentes», y así como ellos están levantando a España con sus esfuerzos y con su sangre, lógico es que nos pongamos a tono, mediante nuestras plegarias y sacrificios, poniendo por cabeza, entre estos, el cumplimiento del deber, que es lo más grato a Dios. Queremos decir que, si aplaudimos, con orgullo paternal, como Prelado, el patriotismo de nuestros amadísimos diocesanos, quienes, con notoria generosidad, han sabido acudir en auxilio del Ejército y de las demás obligadas derivaciones de la guerra, porque tienen un corazón tan sano como sus campos fecundados por los rayos esplendorosos del sol único de sus tierras y las aguas abundantes de sus caudalosos ríos, esperamos confiadamente que han de acudir, también, a cumplir, no solo los deberes de españoles, sino—primordial y fundamentalmente—los que, como cristianos les incumbe, pues no hemos de olvidar que España fué grande por la cruz y por la espada, siempre unidas en sus epopéyicas empresas.

Nuestro llamamiento pastoral va enderezado a que esta santa Cuaresma deje en las conciencias de todas las ovejas del rebaño, de cuyo cuidado somos responsable, consoladora y perdurable memoria.

Las mujeres se aprestan ya a preparar sus ejercicios cuaresmales y a intensificar su apostolado que, en estas circunstancias de cambio y reforma de vida, ha de considerarse, no como algo exclusivamente merito-

rio que puede omitirse sin responsabilidad alguna, sino como una obligación ineludible; y alcanzando esta obligación, en mayor grado todavía, a los hombres, al igual que les alcanza y obliga la ciudadanía ejemplarmente practicada, hemos hecho eficaces diligencias para que los hombres de Córdoba reciban saludables y provechosas enseñanzas sobre los problemas y cuestiones de actualidad, de persona muy especializada, que estará, a su disposición, la tercera y cuarta semana de esta Cuaresma, durante las cuales se suspenderán, en las iglesias de la Capital, los cultos dedicados a hombres.

Meditemos que, mientras no demos a nuestra vida carácter sobrenatural, no podremos decir que estamos en plan de cristianos, y pensemos que ha sonado la hora de reafirmar los valores eternos y estrechar los corazones en santa fraternidad por medio de una acción evangelizadora de paz y de amor. Y ahora, que todavía nos agobia la pesadumbre, ha de conocerse esta santa fraternidad en orar fervientemente por los combatientes hermanos nuestros, a fin de que acelere Dios el momento tan ansiado de la paz, y que el Ángel de la Caridad tienda sus alas sobre los campos desolados y las ciudades devastadas, imponga silencio a los cañones ya cansados de tanta matanza y exterminio, apague el volcán de los odios que ha sepultado tanta riqueza en sus ardientes lavas, rasgue el manto de tinieblas en que yacen envueltos los enemigos de esta infortunada España y haga que las manos que

hasta hoy empuñaron las armas, regando la tierra con sangre humana, tomen de nuevo la esteva—como ha dicho el Caudillo—para fecundarla con el sudor del trabajo que hace a los pueblos ricos y felices, mientras él consuela a las madres y las viudas, cuida de los heridos y los huérfanos y, extendiendo su mano sonriente, señale a los españoles la nueva ruta a seguir.

*
* *

Mientras tanto, los momentos presentes son de oración y de lucha. De la eficacia de la oración no intentamos hablaros, V. H. y a. h., porque no es esta la hora de enseñar, sino de exhortaros a la meditación del tema de esta Carta Pastoral: trasladando vuestros ojos, desde aquel simbólico monte, a mirar a Cristo en el Gólgota, imitándole en su Pasión y muerte, como divino remedio para vuestra santificación. Nada tan sublime y eficaz para huir del mal y obrar el bien. En este religioso ejercicio alcanzareis la gracia de las cristianas virtudes y, estamos seguros de que con él perderéis el gusto de todo cuanto os provoque a ofender a Dios y a vuestros prójimos y, por consiguiente, perderéis el sabor de las cosas mundanas que extravían los entendimientos, pervierten la voluntad y corrompen los corazones. Por el contrario, sentiréis ardientes deseos de cumplir vuestros deberes y de leer más y más en el gran libro del Calvario, cuya asidua lectura os levantará entre el cielo y la tierra, y, ha-

ciéndoos percibir un como dejo de los arcanos divinos, os alumbrará con sobrenaturales resplandores y perfumará con celestiales aromas, alentándoos a elevar el corazón al cielo para hacer dulce violencia al Corazón divino de Jesús con el intenso y ferviente clamor de vuestras súplicas. Orar es luchar y la oración es el arma única que nos es dado empuñar y el socorro más eficaz que podemos ofrecer, en favor de nuestros heroicos cruzados, los que aquí abajo esperamos el éxito favorable de la pelea, impetrando del Altísimo, con lágrimas y gemidos, la misericordia y perdón de nuestros pecados.

Orad, venerables sacerdotes, muy queridos cooperadores nuestros en los ministerios de la salvación de las almas; continuad llenando vuestra misión de intercesores *entre el pueblo y el altar* para implorar la clemencia del Altísimo y, aunque vuestro bien acreditado celo no ha necesitado nunca estímulos, os exhortamos a desplegar, en *estos días de salud*, vuestras mayores actividades para que ninguno de vuestros feligreses deje de cumplir con el precepto pascual y saquen todos ellos el máximo provecho de la dolorosa experiencia de los males que padecemos. No olvidéis que estáis más obligados que nadie a redoblar vuestros esfuerzos, porque tratándose de una guerra santa, vuestro puesto es la defensiva perenne, con ejemplaridad de vida y con abnegación y heroísmo sacerdotal, de día y de noche, en bien de las almas que se os han confiado.

Por lo que a Nos toca, siguiendo las huellas del divino Maestro, no hemos vacilado en ofrecernos al Señor poniendo en sus manos nuestros dolores—que no son pocos de dentro y de fuera—y nuestra propia vida, por si la quiere como precio de la paz de España y de la salvación temporal y eterna de las ovejas que se ha dignado encomendarnos.

A nuestras amadísimas Religiosas, tan mortificadas y de limpio corazón, tan gratas a Jesús por muchos títulos: ofrezcédle todas el rico tesoro de vuestras privaciones, de las estrecheces en que vivís—que nos consta son rayanas en lo sobrehumano—vuestros sacrificios, penitencias y plegarias, así las que sois de vida contemplativa, como las de vida mixta, y seguid coaccionando santamente al Corazón del Esposo para que detenga el brazo de su justicia y acelere la hora de la paz a nuestra querida Patria.

Esto mismo esperamos e interesamos de los venerables Religiosos, cuya elevación de ideales se viene patentizando marcadamente, y de su amplia cooperación personal y espiritual en estas horas de reconquista, somos testigo.

A nuestra amadísima «Acción Católica» en sus cuatro ramas que, lejos de haberse resentido en su actuación tan laudable, por la desarticulación obligada de gran número de sus miembros dispersos por los distintos sectores de la guerra, se muestran cada día más pujantes en su piadosa labor, les encarecemos que de cuanto realizan en sus Círculos, cursillos, Retiros, lo

mismo que en los frentes, hospitales, y demás derivaciones de su organismo, hagan una a modo de oración que embalsame de edificación el ambiente a los ojos de todos, al par que sirva para aplacar el enojo de Dios Nuestro Señor justamente irritado.

A las Congregaciones y Asociaciones piadosas y a todos vosotros, fieles hijos queridísimos, os pedimos por Cristo y por España para esta intención de la ansiada paz una Comunión fervorosa, precedida de una confesión dolorosa y humilde. Orad todos uniendo vuestras súplicas a las que humildemente elevamos Nos a diario al Trono del Altísimo, hondamente conmovidas nuestras paternales entrañas por el riesgo de la suerte temporal de nuestros hijos, pero de un modo especialísimo por el peligro de perderse para siempre tantas almas que andan apartadas de Dios y viven olvidadas de sus santos mandamientos.

En nuestra última Carta Pastoral encarecíamos la necesidad de restaurar la antigua práctica genuinamente española de rezar el Rosario en familia, santificando así los hogares cristianos, y ha venido después Su Santidad el Papa a dar autoridad a nuestra exhortación con la reciente Encíclica «Ingravescentibus malis» sobre el Santo Rosario, publicada en este BOLETÍN del mes de Noviembre, página 211.

Recemos, pues, siquiera una parte, todos los días por esta España digna y heroica para que purificándose, como lo está haciendo, en un mar de lágrimas, vuelva sus miradas al «monte» al Sagrado Corazón, a

Cristo Redentor que, para salvarla, extiende sus brazos en la Cruz atrayéndola con lazos de eterno y divino amor, y ahora con las dulzuras inefables de la paz.

Sí, la paz nos la traerá el Sagrado Corazón, pero la hemos de esperar por mediación de la Santísima Virgen, como «Reina de la paz» y Nos tenemos en ello vivísima confianza; no en vano pusimos, en el centro del escudo de nuestras Armas Episcopales, la imagen de la Virgen, descansando sobre un áncora, en la que transcribimos una consoladora frase de la Salve que ensancha los senos de nuestra filial confianza y expresa que lo esperamos todo de su maternal cariño.

No desconocéis, V. H. y a. h., la suma gravedad de los actuales momentos para todos los órdenes de la vida, pero tampoco ignoráis la eficacia de la oración con tanta insistencia recomendada por el Salvador que la proclamó infalible, al afirmar que cualquier cosa que pidamos al Padre en su nombre, nos la concederá.

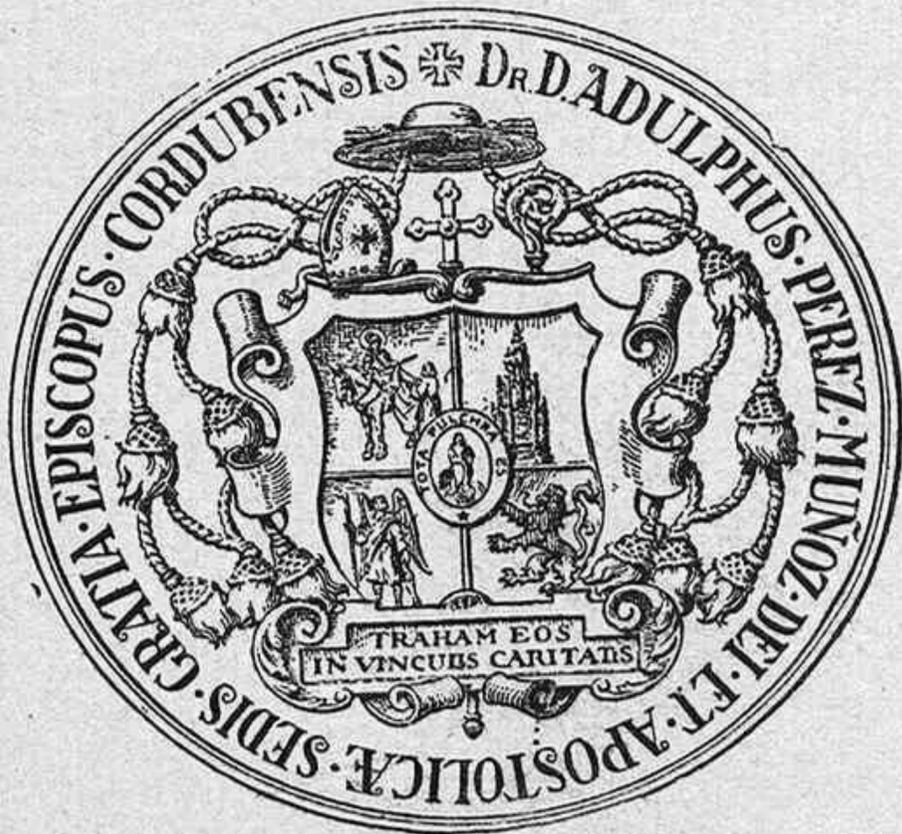
A orar, pues, con todo el fervor del alma, a derramar el corazón en presencia de la Virgen de los Dolores, después de purificarlo en el Santo Tribunal de la penitencia, y pedirla que tienda una mirada compasiva sobre la doliente España y su Caudillo, una dulce mirada que extinga los odios y nos traiga el bendito don de la paz, por una resonante y definitiva victoria. A pedirla que por aquella palabra que pronunciaron los labios moribundos de Jesús al recomendarnos a su maternal ternura, palabra que desde entonces nos unió a

Ella con los estrechos lazos de una excelsa filiación espiritual, llegue ya la hora en que, enmudeciendo los cañones, resuene por todos los hogares españoles y escuchemos con la intensa emoción de las grandes alegrías, la bendita palabra anunciadora de la paz.

A pedirla que, por los dolores y amarguras que inundaron su corazón de Madre junto a la Cruz de Cristo, se compadezca de tantas madres que han visto ocultarse para siempre, en un ocaso rojo de fuego y sangre, el sol de su felicidad aquí en la tierra y tenga piedad de tantos niños que lloran la pérdida de sus padres. A pedirla que salve a España y nos salve a todos, como ardientemente lo desea vuestro Prelado que del fondo del alma os bendice en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo † Amén.

Córdoba, Miércoles de Ceniza de 1938.

† **Adolfo**, OBISPO DE CÓRDOBA.



Léase a los fieles esta «Carta Pastoral».

El presente documento tiene el propósito de
informar a los interesados en el proceso de
licitación pública para la adquisición de
servicios de consultoría en el área de
gestión de recursos humanos y financieros
del sector público. El presente documento
contiene toda la información necesaria para
participar en el proceso de licitación.
El presente documento es de carácter
informativo y no constituye una oferta.
El presente documento es de carácter
público y puede ser consultado en el
portal de la Contratación Pública.
El presente documento es de carácter
público y puede ser consultado en el
portal de la Contratación Pública.

